

El rincón de la poesía

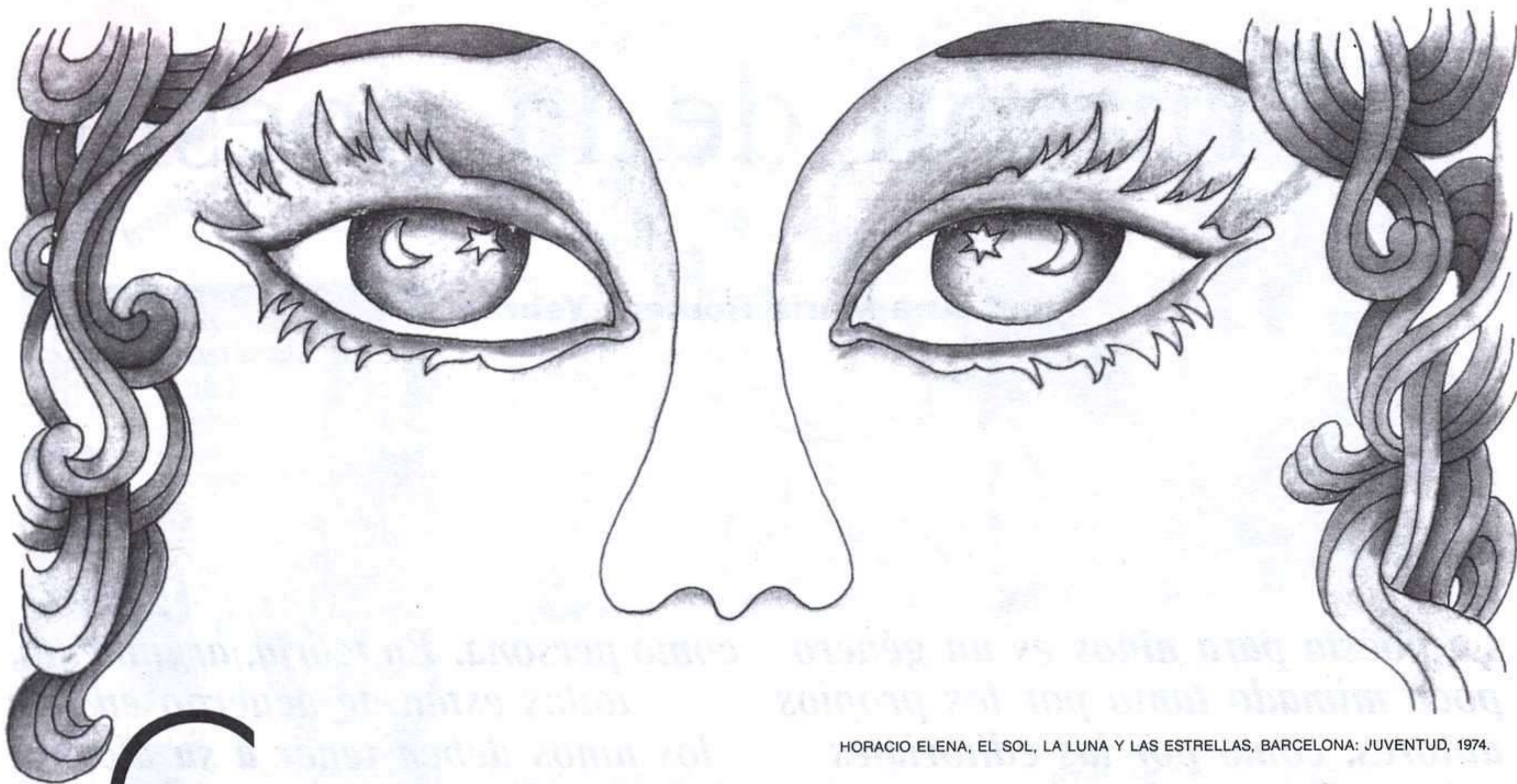
por Ana María Romero Yebra*

La poesía para niños es un género poco mimado tanto por los propios autores, como por las editoriales y los padres y educadores, y, en general, por aquellos adultos implicados en la animación a la lectura. Sin embargo, como señala la autora del artículo, el contacto del niño con la poesía es muy importante para su desarrollo integral

como persona. En teoría, argumenta, todos están de acuerdo en que los niños deben tener a su alcance libros poéticos, pero luego se impone la realidad, que no es otra que la escasez de poetas consagrados que escriban para niños, la resistencia de las editoriales a publicar poesía, y el poco interés de los adultos por lograr acercarla al niño.



CARMEN LUCINI, LAS COSAS DE PABLO, MADRID: SM, 1993.



HORACIO ELENA, EL SOL, LA LUNA Y LAS ESTRELLAS, BARCELONA: JUVENTUD, 1974.

Considerando dentro del marco de la literatura infantil el apartado de la poesía, pienso que todos estamos convencidos de que el niño la ama y la necesita no sólo para la formación de su sensibilidad, sino para su disfrute, para pasarlo bien con ella. Sin embargo, me gusta repetir, como ya han hecho muchos estudiosos del tema, que tanto para los pequeños como para los mayores, se hace cada vez más necesaria, en una sociedad tecnificada y deshumanizada como la nuestra, la fantasía y la belleza de la poesía. En nuestra época hay una tendencia hacia la especialización y el utilitarismo realmente exagerada, que limita al individuo mutilando su formación completa, y es posible que la lectura de la poesía sea capaz de contribuir de modo definitivo a sembrar la semilla para todo lo que es bello, para una educación estética en el ser humano.

Primeros contactos

Antes de que el niño tenga capacidad para escuchar los primeros cuen-

tos, ya lleva una larga trayectoria de unión con la poesía, porque su encuentro con ella tiene lugar mucho antes del nacimiento. Percibe el ritmo a través de la madre; siente el latido de su corazón; el sonido de sus pasos; se balancea en el interior del vientre mediante el movimiento de sus caderas. Y cuando nace, su contacto con ella continúa. La madre le acuna en los brazos para que se duerma, le mece al tiempo que le canta nanas. Además de percibir el ritmo, el niño escucha sus primeras rimas de tradición oral, tan hermosas como éstas:

A la nanita nana,
nanita, ea.
Mi Jesús tiene sueño.
Bendito sea.

Duérmete, niño mío
que viene el coco
y se lleva a los niños
que duermen poco.

Ese primer contacto del niño con la poesía le llega a través de un mundo mágico de nanas, canciones y melodías de arrullo que escucha desde su nacimiento, y que cuando va crecien-

do se transforma en juegos verbales, rimas y dichos de movimiento y acción, mediante los cuales el niño va llegando al conocimiento de su propio cuerpo, mientras se recrea en el ritmo de las canciones.

Aserrín, aserrán,
maderitos de San Juan.
Los del Rey sierran bien.
Los de la Reina también.
Los del Duque, truque, truque, truque.

Cinco lobitos tuvo la loba
Cinco lobitos detrás de una escoba...

Palmas, palmitas, higos y castañitas...

Va creciendo, pues, el niño, en contacto con la poesía. En la época de sociabilización, al jugar con otros, al empezar a ir a la escuela, aprende re-tahílas, trabalenguas, dichos para poder echar suertes, adivinanzas, canciones de corro y comba, romances... Toda una tradición oral riquísima de folclore infantil —que desgraciadamente se va perdiendo— pasa, o debería pasar, por los labios del niño en las más variadas formas poéticas con su ritmo correspondiente. Participa de

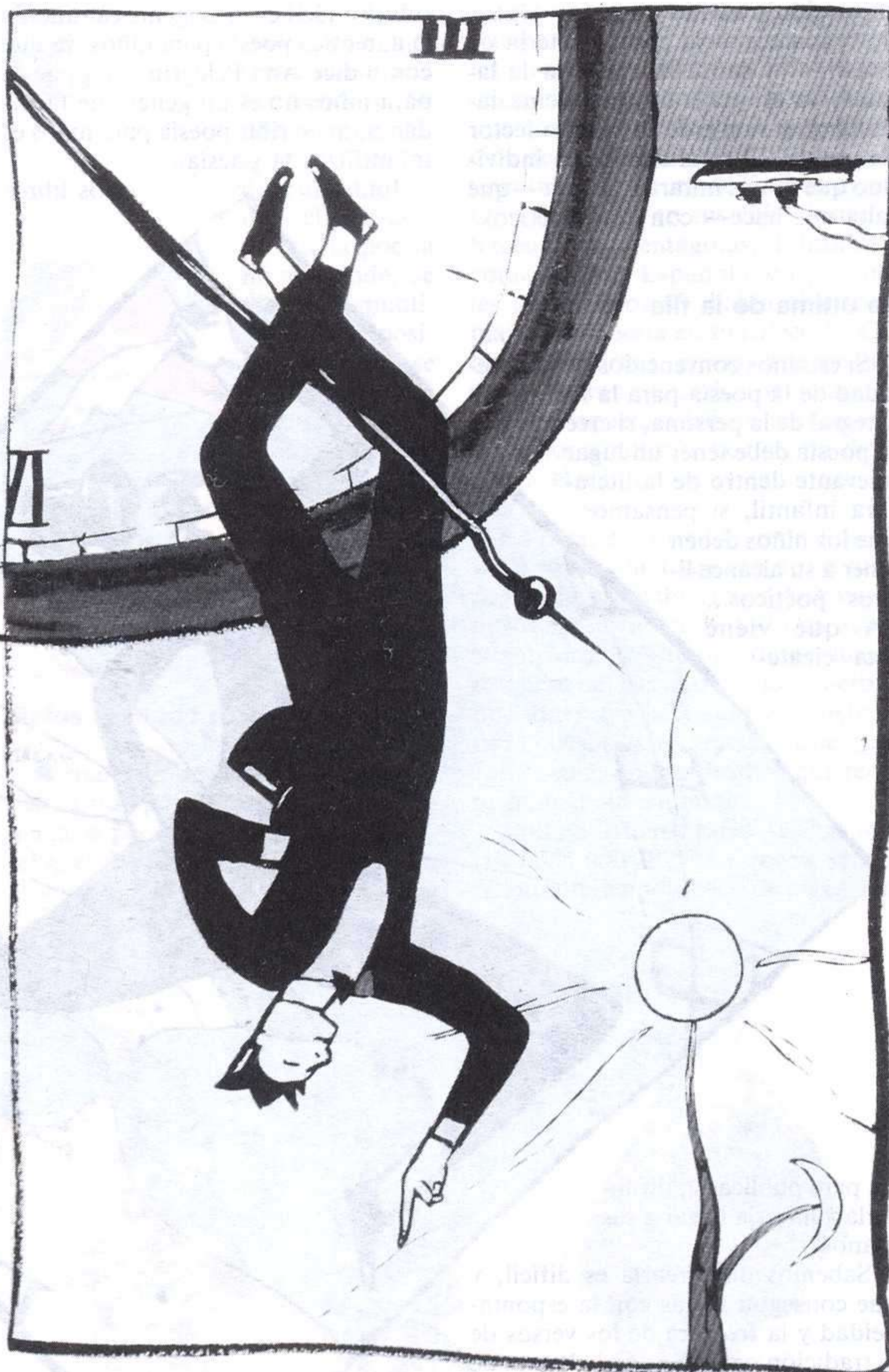
ella, y la recrea y transmite con su actividad lúdica.

Poesía escrita

Cuando el niño domina la lectura, se acerca a la poesía de autor mediante los libros. Se siente atraído por la melodía, se deja llevar por los elementos rítmicos, por la musicalidad que imprime al verso el acento, la cantidad silábica, la rima, y a través de esta fuerza fónica, como lo ha hecho anteriormente al saltar a la comba, cantar romances o jugar al corro, penetrará el niño en los valores significativos del poema. A veces no lo entiende, pero da igual. Se queda deslumbrado por su magia, por su misterio. Intuye la poesía, la aprende, la crea, la recrea y disfruta de ella mientras le dejan, porque, desde luego, el sistema educativo no cuenta demasiado con que siga en comunión con ella. No es útil como saber matemáticas o dónde están situados los ríos o los montes de su Comunidad.

Por otra parte, son muy pocos los padres que compran libros de poesía a sus hijos, quizá porque ellos mismos no sienten la necesidad de leerla. La mayoría tiene la peregrina idea de que es mejor la lectura cuanto más texto hay en el libro, y ya que se compra, que tenga mucho que leer. También son contados los profesores que leen poesía a sus alumnos, que se entusiasman con ella, y son capaces de contagiar ese interés y esa ilusión a los chavales. Se prefiere la prosa. Textos de narrativa de donde sacar después, como ejercicios, preguntas de comprensión lectora, resúmenes o lo que sea.

Cuanto más va avanzando el nivel escolar del niño, aumentan los contenidos de aprendizaje y más relegada va quedando la poesía. Por eso, cuando se vuelve a ella en planes de estudios posteriores y se pretende que en BUP se comprenda a Garcilaso o se comente la obra poética de Machado



ARNAL BALLESTER, POESIES, BARCELONA: PUBLICACIONES DE L'ABADIA DE MONTSERRAT, 1991.

o de Lorca, hay un rechazo total debido a la escisión que se ha realizado entre una primera y segunda infancia

en las que la poesía ha sido una constante en la vida del niño a través de los cantos, el ritmo, el juego, y su de-

saparición y olvido posterior. Cuando reaparece —ya como materia de estudio— y se intenta rellenar la laguna, ya es, generalmente, demasiado tarde y se pierde un adulto lector de poesía. El resultado es un individuo que jamás mirará a la vida —que falta nos hace— con ojos poéticos.

La última de la fila

Si estamos convencidos de la necesidad de la poesía para la formación integral de la persona, si creemos que la poesía debe tener un lugar relevante dentro de la literatura infantil, si pensamos que los niños deben tener a su alcance libros poéticos... ¿A qué viene esta cicate-

tránsito fácil en el exigente camino de la auténtica poesía para niños, ya que como dice Ana Pelegrín: «La poesía para niños no es un género de facilidades, ni escribir poesía para niños es infantilizar la poesía».

Junto a estos libros

que —hay que reconocerlo— han tenido bastante aceptación, también hay otras obras donde el autor no trata de rebajarse hasta el nivel del niño, sino elevarle hasta su particular visión del mundo compartida entre poeta y lector para conmover sus sentimientos. Estos creadores autoexigentes no se conforman con el camino más fácil de los supuestos gustos infantiles o comerciales, y siguen viendo la poesía que ofertan al niño como lo que es: un medio de expresión bellissimo que le pone en comunicación con los demás a través de su función creadora.

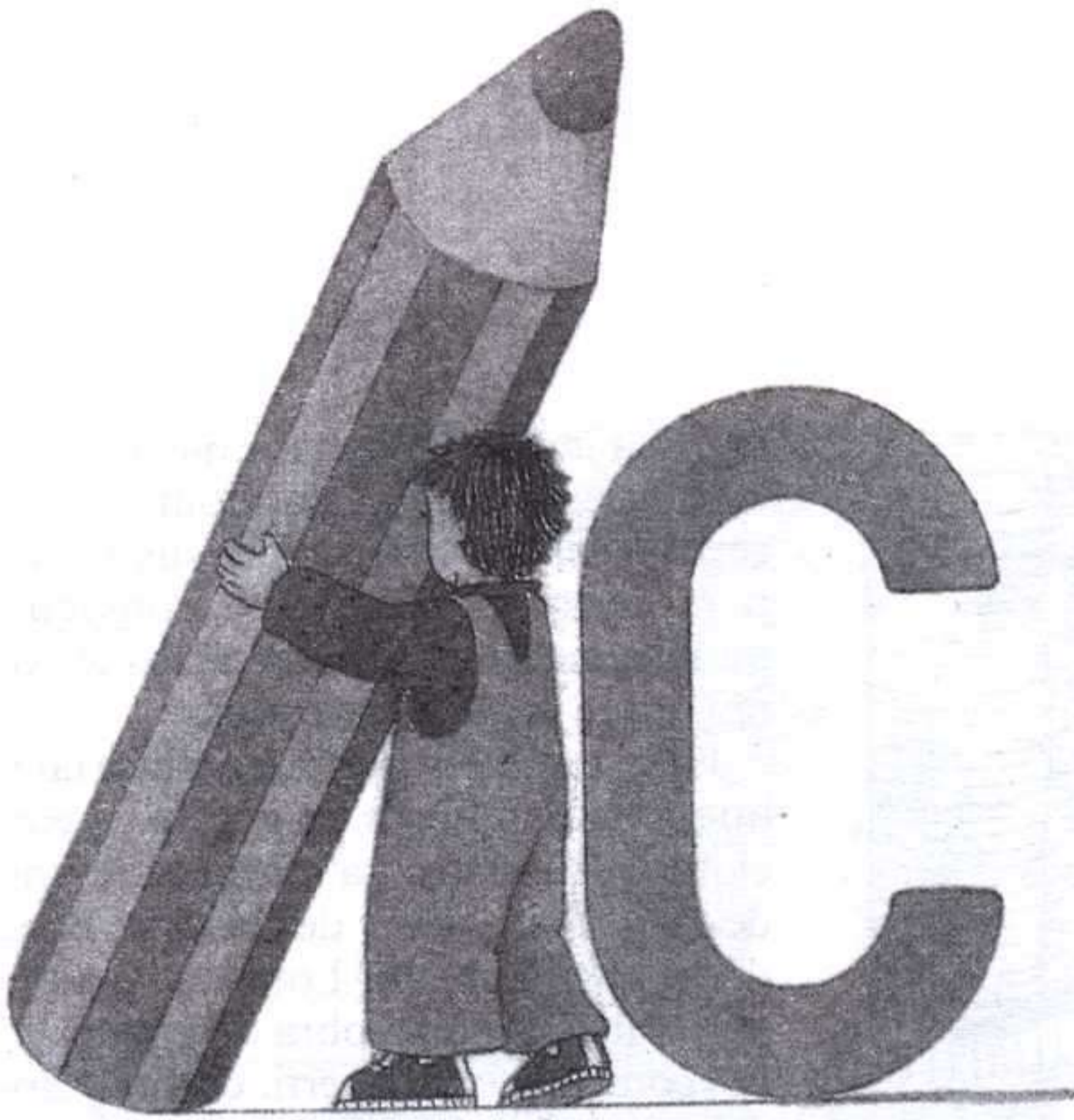
Mucha de esta buena poesía para niños duerme en los cajones del escritorio del autor o en los de las mesas de las editoriales, por no tener vehículo de salida que la lleve



ría para publicarla, difundirla y hacerla llegar a sus manos?

Sabemos que crearla es difícil, y que conseguir rimas con la espontaneidad y la frescura de los versos de la tradición oral no está al alcance de cualquiera. Se han publicado libros de poesía infantil que cultivan unas formas versificadas elementales, situaciones simples en unas supuestas imágenes del mundo infantil, hallazgos humorísticos ocurrentes, que son un

hasta el lector infantil que la espera, porque, desgraciadamente, dentro del ámbito de la literatura infantil, la poesía que se publica es escasa, las ediciones de tiradas mucho más cortas que para la narrativa y, por lo tanto, mucho más difícil de encontrar en las librerías. Siempre he pensado que un niño buen lector puede leerse toda la poesía que hay editada para él en un par de tardes de lluvia, y en cambio le llevaría



CARMEN LUCINI, LAS COSAS DE PABLO, MADRID: SM, 1993.

años, quizá toda su infancia, consumir la narrativa que las editoriales ponen a su disposición. Y no es justo. Y en este delito —porque realmente es un delito privar al niño del placer poético— hay muchos culpables:

—Padres, educadores, adultos en general tienen un total desapego hacia el género poético y, por consiguiente, tampoco se lo acercan al niño.

—Sólo escasísimos poetas consagrados —Carlos Murciano, por ejemplo— hacen una magnífica poesía infantil. La mayoría desdeñan a los lectores infantiles considerando que es rebajarse el ofrecer al niño sus composiciones poéticas, o se rinden ante las dificultades de crearla y de publicarla porque les resulta más gratificante escribir para adultos.

—La falta de estímulo, ya que casi todos los premios literarios son de narrativa infantil. Únicamente en el Lazarillo, en su última convocatoria, se contemplaba por primera vez la posibilidad de que se enviaran libros de poesía. Igual que han surgido magníficos narradores a partir de estos premios, podría ocurrir con los poetas, a los que no se les da ni la posibilidad de participar y competir en ellos.

—Los críticos de literatura infantil, que no son capaces de hacer ver a autores y editoriales la verdad, supeditándola a otros intereses. Y lo cierto es que al niño le encanta la poesía, le seduce y le gratifica su lectura.

entre la oferta de las librerías, y cuando se vende algún ejemplar, jamás se repone. Buscar un libro de poesía infantil de un autor determinado nos puede hacer recorrer media docena de librerías antes de lograr encontrarlo.

Malos tiempos para la lírica

Creo que si hay alguno de estos culpables que puede arreglar el problema de la poesía infantil, de proponérselo, es la editorial que tiene a su alcance los medios necesarios, pero no

—Las editoriales, con una tenaz resistencia a arriesgarse con libros que no tengan ventas aseguradas. Y con el pretexto de que la poesía no se vende, se niegan a publicarla. Y es posible que no se venda, pero es porque no se encuentra nunca

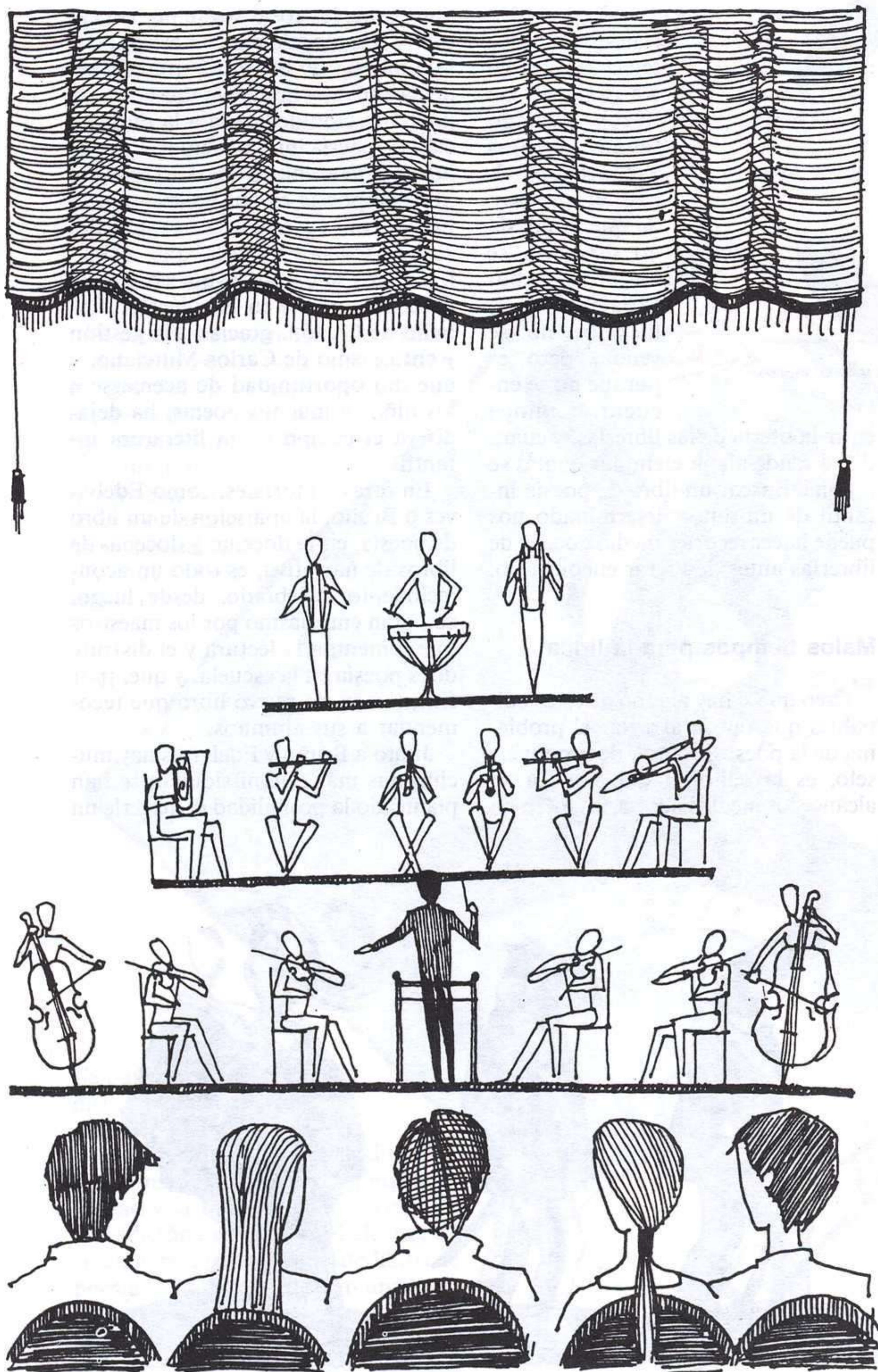
parece que las cosas vayan por ese camino, desgraciadamente. Las editoriales punteras en literatura infantil son de narrativa, y no hay ni una sola con una colección dedicada a la publicación de poesía infantil actual. Las que intentan la aventura de deslizar algún libro de poesía en sus colecciones lo hacen con cuentagotas. Editoriales como Escuela Española, que, a finales de los años 80, había abierto la mano a la poesía en su colección Caballo de Cartón, gracias a la gestión y entusiasmo de Carlos Murciano, y que dio oportunidad de acercarse a los niños a muchos poetas, ha dejado ya el campo de la literatura infantil.

En otras editoriales, como Edelvives o Bruño, la aparición de un libro de poesía, entre docenas y docenas de libros de narrativa, es todo un acontecimiento, celebrado, desde luego, con gran entusiasmo por los maestros que fomentan la lectura y el disfrute de la poesía en la escuela, y que, ¡por fin!, tienen un nuevo libro que recomendar a sus alumnos.

Junto a Bruño y Edelvives hay muchísimas más que ni siquiera se han planteado la posibilidad de hacerle un



CARMEN ANDRADA, EL LIBRO DE LAS FÁBULAS, VALLADOLID: MIÓN, 1982.



JAIME FERRÁN R. DE VELASCO, CUADERNO DE MÚSICA, VALLADOLID: MIÑÓN, 1983.

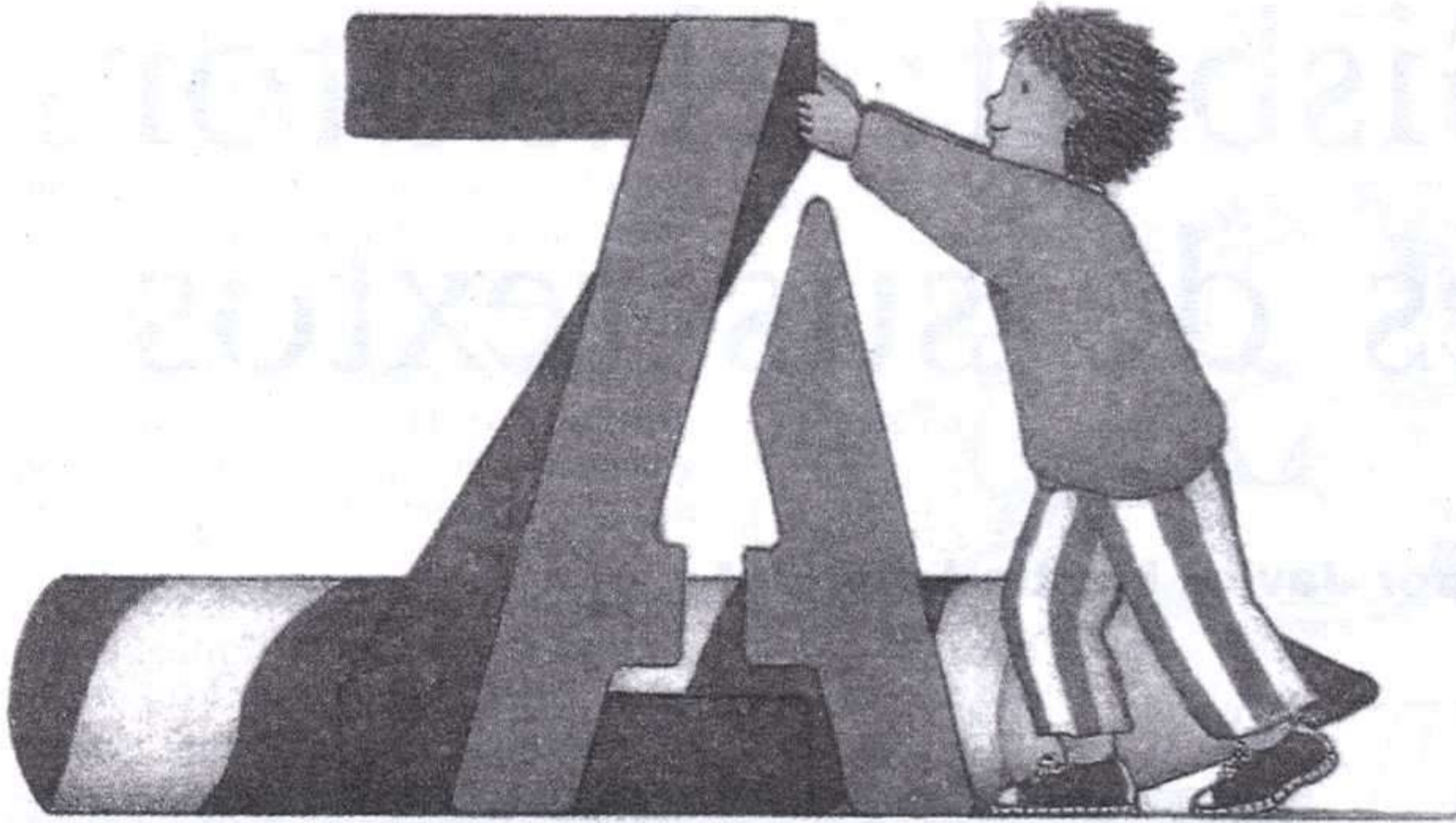
huevo a la poesía, con lo cual los poetas no tienen, salvo estas honrosas excepciones, a quien ofrecer sus versos para verlos publicados y conseguir que lleguen a las manos de los lectores a que están destinados.

Hay también algunas editoriales que preparan libros de poesía en ediciones para niños. La mayor parte son de poetas famosos y de clásicos: Lope de Vega, Machado, Lorca... Aunque se publica también obra de poetas vivos consagrados: Alberti, Claudio Rodríguez, etc., no se da oportunidad en estas colecciones a los poetas que escriben específicamente para niños.

Tampoco se piensa nunca en la reedición de libros de poesía de hace años, que tanto podrían aportar a los niños de hoy. Así, no se conoce actualmente *Canción tonta en el Sur*, de Celia Viñas, más que en poemas sueltos de algunas antologías, a pesar de que tiene la misma frescura que cuando se editó en 1948; o la *Nana para dormir muñecas*, de Julio Alfredo Egea, que Editora Nacional publicó en 1963. Y tantos otros que podríamos nombrar, desaparecidos del panorama de la poesía infantil, sólo porque sus libros jamás volvieron a editarse. Total, que entre lo que no se edita y el miedo que hay a reeditar lo que no tiene la venta asegurada, las posibilidades que se le dan a los niños de acceder a la buena poesía de autor son más bien escasas.

Antologías

Ante las pocas oportunidades, seguimos recurriendo a las antologías para encontrar recopilada con más o menos acierto la poesía para niños. Quizá de todas ellas, la más hermosa, la más completa, la más cuidada, sea la que, con el título de *El silbo del aire*, puso Arturo Medina en manos de los niños y de los amantes de la lírica infantil y juvenil. Está editada en dos tomos por Vicens Vives, y aunque apareció en 1965 se siguen hacien-



CARMEN LUCINI, LAS COSAS DE PABLO, MADRID: SM, 1993.

do ediciones sucesivas, con lo cual es fácil encontrarla en el mercado. Unos años después, en 1969, Ana Pelegrín, gran estudiosa del tema del folclore infantil y la tradición oral, editó en Taurus su *Poesía española para niños*. En esta misma editorial había aparecido, en 1963, el *Cancionero Infantil* de Bonifacio Gil, una antología realmente deliciosa que recopila multitud de canciones que siempre han cantado los niños.

Son también muy valiosas la *Antología de la Literatura Infantil*, de Carmen Bravo-Villasante, y su libro de folclore infantil *Una, dola, tela, catola*, editado en 1976 en la colección La Pompa de jabón de Miñón —Susaeta, donde también tiene Arturo Medina *Pinto Maraña*, una interesantísima colección de juegos infantiles en dos tomos, editada en 1987, y que por recoger las canciones, recitados y dichos que acompañan a los juegos, entra de lleno en la poesía infantil de tradición oral—.

Otra hermosa antología, editada en 1983 en Libros Río Nuevo, es *Mis primeras lecturas poéticas*, una selección de Angelina Gatell que pone en manos de los niños los poemas, las biografías y los rostros de los mejores poetas de nuestro tiempo. Es un libro

muy valioso que desgraciadamente resulta difícil de encontrar.

Recientemente, y con el título de *Poesías de hoy, de ayer y de siempre*, Ediciones Susaeta ha puesto en librerías una selección de poemas de distintos autores de todos los tiempos y poesía tradicional. Algunos poemas están fragmentados, y falta, quizás, una agrupación temática, preferible a la temporal, pero es una antología más que ofrecer a los niños. Esperemos que no sea la última, y que las editoriales abran generosamente sus puertas a la magia de la poesía. Tienen que venir tiempos mejores para que la lírica infantil salga de su rincón y ocupe el lugar de importancia que le corresponde en el campo de la literatura infantil. Confiemos en ello los que la amamos.

Por último, cabe apuntar lo que me impresionó una frase de Octavio Paz: «Un pueblo sin poesía es un pueblo sin alma». Estoy de acuerdo con él totalmente y, parafraseándolo, diría: «Un niño sin poesía es un niño sin alma».

¿Acaso este mundo de editoriales, críticos, autores e intereses comerciales quiere dejar sin alma a los niños?

No podemos consentirlo. ■

* Ana María Romero Yebra es escritora.

Bibliografía

- Autores Varios: *Literatura Infantil*, Universidad Castilla-La Mancha, 1990.
- *Poesía Infantil*, Universidad Castilla-La Mancha, 1990.
- Bravo-Villasante, C.: *Antología de la Literatura Infantil*, 3 vols., Madrid: Escuela Española, 1980.
- *Una, dola, tela, catola*, Valladolid: Miñón, 1986.
- Castro Guisasola, F.: *Canciones y juegos de los niños de Almería*, Almería: Cajal, 2ª ed., 1985.
- Celaya, G.: *La voz de los niños*, Madrid: Laia, 1972.
- Gatell, A.: *Mis primeras lecturas poéticas*, Barcelona: Libros Río Nuevo, 1983.
- Gil, B.: *Cancionero infantil*, Madrid: Taurus, 1974.
- Grosso, J.B. y Pogliano, A.: *Canciones y rimas para jugar*, Buenos Aires: Kapelusz, 1977.
- Medina, A.: *El silbo del aire*, 2 vols., Barcelona: Vicens Vives, 11ª ed., 1982.
- *Pinto Maraña*, Valladolid: Miñón, 1987.
- «Prólogo segundo», en *Canción tonta en el Sur*, Almería: Cajal, 1984.
- Moreno, V.: *El juego poético en la escuela*, Pamplona: Pamiela, 1989.
- Muñoz, M.: *La poesía y el cuento en la escuela*, Madrid: Consejería de Educación y Cultura de Madrid, 1992.
- Pelegrín, A.: *Poesía española para niños*, Madrid: Taurus, 1969.
- Perriconi, G. y Wischn Evsky, A.: *La poesía infantil*, Buenos Aires: El Ateneo, 1984.
- Romero Yebra, A.: *La poesía como un juego en el área de Lenguaje*, Zaragoza: ICE de la Universidad de Zaragoza, col. Informes, 17, 1985.